

Más esta hora me hace olvidar, bien mío, mis penas todas.  
 Como á la mar el Bóris corre sereno, hacia ti va mi alma, mi pensamiento.  
 ¡Cuanto te adoro! no se cansan de verte, niña, mis ojos.  
 Pero no me respondes...  
 ¿Por qué suspiras?  
 —Porque tomo mudanzas.  
 —¡Luz de mi vida! Esos temores son pruebas que pasan los corazones.  
 Antes en noche eterna la lumbrera pura del sol, ha de trocarse con triste angustia, que en fiel anhelo olvido ni un instante mis juramentos.  
 Pero nada contestas...  
 ¿No me quieres?  
 ¿Podrás quizá olvidarme?  
 —Te amaré siempre!  
 —Y yo te juro con el alma y la vida ser siempre tuyo!  
 Y en pláticas semejantes pasan las horas veloces, ligando las tiernas almas con azos de bellas flores.  
 Después... vienen desengañados y las cadenas se rompen, pero al recordar suare de aquella cita de amores, aun me el hielo de los años entibie los corazones, siempre alguna chispa brota con encendidos fulguros entre la ceniza fría de las muertas ilusiones.

ISABEL CHEIX.

ARTE Y CIENCIA

Hemos tenido el gusto de leer una preciosa colección de Fábulas—CIEX FÁBULAS—originales de D. Nicolás Pérez y Jiménez, Doctor en Medicina é individuo de varias Academias.

Pocas veces se dan bien aunados el arte del poeta y la reflexión del filósofo, y ni en nuestros (pasad la palabra) clásicos Iriarte y Samaniego pueden encontrarse verdaderos modelos del difícil y sui generis apólogo poético.

Pasado por alto lo que la tradición nos dice de los méritos de Esopo, y dejando toda nuestra admiración para la India, donde la fábula vive en terreno propio, es lo cierto que siglos y siglos se han repetido unos á otros sin presentar nada nuevo en este género. Por término, apareció el gran refundidor de todos los fabulistas anteriores á él, inimitable en la forma, cuyo secreto se llevó—La Fontaine—y en cuanto á nosotros puede afirmarse que en la fábula poética, entendida como generalmente se entiende, no hay un nombre que en nuestra literatura pueda citarse si exceptuá á un poeta que de propósito nunca fué fabulista, Hartzenbusch.

No diremos nosotros que el Sr. Pérez Jiménez sea el mejor de nuestros fabulistas; pero sí que lo es bueno, y quien desconoce á nuestro autor la cualquiera de sus *Cien fábulas*, por cierto lujosísimamente impresas, encontrará confirmada nuestra opinión, que coincide con la que de gran número de las producciones del poeta médico formuló el buen maestro Balaguer.

Plácese mil son debidos á quien, perito en los analíticos procedimientos de las ciencias médicas, sabrá armonizar esos desvelos con el cultivo del ameno jardín de las musas.

Recíbalos muy sinceros por nuestra parte.

José Rogelio Sánchez.

LA SEMANA SANTA

Recuerdo impercedero de la pasión y muerte del Redentor, es, para la cristiandad, la semana que empieza con el

domingo de Ramos. Celébrase en esta día la función religiosa de la bendición de las palmas; á ella se sucede, entre otras de menor solemnidad, el misterio que se canta al anochecer del miércoles, y los oficios del jueves y viernes, en cuyos días tienen lugar las tiernas ceremonias del lavatorio y adoración de la Santa Cruz, y las procesiones; terminando el sábado con el alegre repique de las campanas, al entonar los sacerdotes el *Gloria in excelsis Deo*. Los sermones de Mandato, de Pasión, de las Siete Palabras y de Soledad, ofrecen á los oradores sagrados selectos temas religiosos con que poder lucir sus dotes oratorias.

Diez y nueve siglos van pasados desde que el hombre comió el criminal atentado de colocar ciegamente sus impuras manos sobre tanta grandeza, pretendiendo locamente destruirla, y en tan largo transcurso de tiempo en nada han variado sus condiciones morales.

Las muchedumbres acogen hoy á sus fílofos con aplausos y con estruendosa alegría, complaciéndose, al poco tiempo, en sacrificarlos, lo mismo que entonces sucedía.

No faltan entre nosotros los fariseos y mercaderes á quienes el Señor arrojó del templo; los Judas, dispuestos á vender lo más sacrosanto que haya en el mundo por un vil puñado de monedas; los Cirineos, complacientes en prestar nos su caritativo concurso para sobre llevar esta penosa cruz de la vida; los José de Arimatea, protestando con su voto, siquiera sea el suyo solo, contra toda injusta sentencia; los Dima, verdaderamente arrepentidos de su incorrecta conducta, y las madres caritosas sacrificando todo su ser por el bien de sus hijos, aun á trueque de acerbos dolores, imitando, en esto, el sublime ejemplo de abnegación que las dejó trazado la más amantísima y la más sufrida de todas cuantas han existido.

Dos únicas cosas son las que desde aquellos tiempos no han vuelto á conocerse.

Jerusalén, la ciudad orgullosa de sus edificios suntuosos, de su templo de Salomón, de sus espléndidos jardines, se ve hoy convertida en ciudad sucia, triste y cosmopolita, sin que, desde entonces, haya podido ser ni siquiera remedo de lo que fué. En su calle de la Amargura se reconcentran todas nuestras tristezas, y todavía resuena en ella el eco de aquellas palabras providenciales: *«Hijas de Jerusalén: no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos.»*

A partir de tan lejanos tiempos, la raza hebrea viene arrastrando la vida errante del proscripto, sin constituir nacionalidad, y concitándose en contra suya la malquerencia, la animadversión y el odio de todos los pueblos.

Grande fué su delito, pero grande ha sido también su expiación.

CARLOS DÍAZ ARGÜELLES.

UN RUEGO

¡ Sr. D. J. Ruiz de León.

Señor Alcalde mayor:  
 Al llegar la primavera  
 Y hacer un tiempo agradable  
 Como el que ahora nos alegra,  
 Los Alcaldes, todos, todos  
 Que mi memoria recuerda,  
 Han dado oportunas órdenes  
 Para que asista Barrera  
 Con su banda los domingos  
 Al Pilar, las noches buenas.  
 Que después de haber estado  
 Dentro de las huioneras  
 (Vulgo casas) desde Octubre  
 Todas las ciudadrealeñas,  
 Sin reuniones, sin bailes,  
 Sin paseos y sin fiestas,  
 Justo que ahora por las noches,  
 Tan hermosas y serenas  
 Que el que es un poco romántico  
 Siente correr por sus venas  
 Hirviente lava y deseos  
 Entusiásticos de veras

De amar á alguna deidad,  
 Bien sea rubia ó sea morena,  
 Nos reunamos los jóvenes  
 Con nuestras bellas manchegas  
 Y los hagamos el oso,  
 Pero el oso en toda regla,  
 Y todos nos *complicue*mos  
 Hasta otra estación siquiera.  
 Así, pues, señor Alcalde,  
 Ruego á V. S. muy de veras,  
 En nombre de mis paisanas,  
 Las seductoras manchegas,  
 Que dé los órdenes pronto  
 Al insigne de Barrera,  
 Para que asista al Pilar  
 Con la banda en las serenas  
 Noches, que no serán pocas  
 Durante la primavera.

E.

IR POR LANA

Desenvainaron la espada y tendieron el arco...  
 Pero el arco se les romperá y la espada que esgrimen se clavará en su corazón.  
*Doná, Salm. XXX.—Vs XIX y XVI.*

Fué al amanecer.

Había nevado durante toda la noche y hacía mucho frío.

Era una calle estrecha, empinada. Desde su parte alta dominábase la extensión del campo por encima de las barridas de casas misérrimas que bordean el Manzauares. A lo lejos, en mitad de la planicie castellana, se distinguía el Cerro da los Angeles, coronado por un edificio, en donde dicen que se socorre con un vaso de leche y un pan á los caminantes necesitados.

La calle era muy estrecha y muy pina.

La alfombra de nieve que la cubría estaba casi intacta; únicamente tres ó cuatro madrugadores la habían agujereado con sus botas; á lo largo de las aceras, veíase la impresión de sus pasos isométricos.

Portales y ventanas estaban aún cerrados; todo parecía dormir; tan sólo un zapatero de viejo habíase instalado ya en una riconada de la calle y trabajaba detrás de su vidriera, junto á un aprendiz zagalón.

Frente á él, un tabernero, gordo y apoplético abrió su tienda y se puso á mirar cachazudamente, á través de la puerta de cristales, la calleja blanca y solitaria.

Después de mucho tiempo, asomó por lo alto de la cuesta un hombre: Un hombrecillo pálido y delgaducho, con blusa azul y boina.

Llevaba al hombro un ataúd enorme, forrado de tela negra, galoneado de oro, y con un crucifijo de pasta sobre la cubierta. Caminaba de prisa y el vacío cajón golpeaba á veces sonoramente contra los muros de las casas.

Al verle pasar por la suya, el dueño de la tienda de vinos, que había de ser supersticioso, hizo un ademán de disgusto.

—Mal comienzo de día—pensó.

El hombrecillo, habiendo sorprendido el movimiento del tabernero, se echó á reír, enseñando una boca horrible, desdentada y negra.

—¿Usted gusta?—le gritó, señalándose la carga.

Y muy satisfecho de la cuchufleta alejose balanceando, casi triunfalmente, su gran ataúd.

El remendón, sin dejar su canturreo y sus martillazos, le seguía con la mirada desde el cuchitril, sonriendo como un filósofo.

De pronto, cesó de cantar y de dar golpes sobre el cuero. Había visto que el hombre de la blusa, al llegar abajo y querer doblar la esquina, resbalaba en la nieve, cayendo á todo lo largo. Debía haberse lastimado, porque dió con la cabeza en los pedruscos del Arroyo.

Viendo que no se levantaba, que ni siquiera rebullía, salió de su rincón, seguido del mozalvete, llamó al amo de la taberna y se dirigieron apresurada-

mente al final de la callejuela, donde el caído seguía inmóvil.

Al tratar de levantarle, observaron que tenía una herida en la sien; una herida pequeña, de la que brotaba un hilillo de sangre tibia y clarucha.

Puso el zapatero el pulgar de su diestra en la muñeca del herido, y notó que el pulso se había apagado.

—¡Caramba! ¡Parece muerto!

El tabernero imitó grovemente al remendón tentando el cuerpecillo exánimo, y el aprendiz, por no ser menos, trató de pulsarlo también colocando la palma de la mano sobre la frente.

—Ha *meado*—dijo en caló el tabernero, que era andaluz.

—Sí—añadió el aprendiz meneando la cabeza con aire de suficiencia.— ¡Es un cadáver!

Entonces se miraron los tres indecisos.

Después hubo una discusión sobre lo que se debía hacer...

Por último, colocaron el cuerpo muerto del hombre del ataúd dentro del ataúd mismo, y poniéndose éste sobre los hombros, emprendieron la marcha cuesta arriba.

Como no eran más que tres los portadores, llevaban mal la carga, que se balanceaba otra vez, golpeado contra las paredes, sólo que ya no sonaba á hueco.

En el interior de la caja enorme oíase rodar el cadáver del hombrecillo como una castaña en un perol

J. SÁNCHEZ GERONA.

Las Congregaciones francesas

EXPULSADAS

En virtud de la votación verificada últimamente en la Cámara de Diputados de Francia, se ha negado autorización para continuar residendo en el territorio de la República á los siguientes establecimientos religiosos:

Benedictinos ingleses (1 establecimiento).

Clérigos de Saint Viatour (112 casas en 13 departamentos).

Dominicos de Enseñanza de Coulevie (8 casas en 5 departamentos).

Eudistas (12 casas en 9 departamentos).

Hermanos de la Doctrina Cristiana de Ploermal (362 casas en 25 departamentos).

Hermanos de la Doctrina Cristiana de Nancy (28 casas en 11 departamentos).

Hermanos de San José (23 casas en 8 departamentos).

Hermanos de Instrucción Cristiana de San Gabriel (161 casas en 26 departamentos).

Hermanos de San José de Saint Fusclair (1 establecimiento).

Hermanos del Sagrado Corazón de Paradis (136 establecimientos en 17 departamentos).

Madres Maristas (905 casas en 58 departamentos).

Hermanos Agricultores de San Francisco de Regis (7 casas en 6 departamentos).

Hermanos de la Misericordia de Montebourg (21 casas en 3 departamentos).

Hermanos de la Santa Familia, de Bailey (47 casas en 10 departamento).

Hermanos de la Doctrina Cristiana de Solesme (3 casas en 2 departamentos).

Hermanos de la Sociedad de la Cruz de Jesús (17 casas en 6 departamentos).

Marianistas (95 casas en 32 departamentos).

Madres Maristas de la Santa Fe (15 casas en 12 departamentos).

Presbíteros de San Basilio (6 casas en 3 departamentos).

Padres de la Inmaculada Concepción de Saint Méere (7 casas en 3 departamentos).

Presbíteros de Oratorio (10 casas en 7 departamentos).

Padres del Sagrado Corazón de Bétharam (7 casas 1 departamento).

Padres de San Pedro (2 casas en un departamento).

Padres de María Inmaculada de Chevagnes (3 casas en 4 departamentos).

Padres Maristas de San Marcial (un establecimiento).

Total, 1.090 establecimientos, de los que forman parte más de 80.000 religiosos,